

* * *

Veo un niño que come un helado mientras intenta llenar un pequeño agujero en la playa con la inmensidad de la mar medida en el cuenco de sus manos, ajeno a las miradas que desde siempre no cesan de preguntarse por la inutilidad de su desparpajo. Allí, la respuesta más simple ante lo inaprehensible del misterio revelado. No es el resultado de la tarea imposible, es la constatación de una antigua alianza.

* * *

¿Acaso algo más misterioso que la anunciación de lo inefable en el erial del verbo divino hecho carne? ¿O la transmutación de los saberes más ignotos en celebración de peces y plantas con raíces remontando sangres turbulentas? ¿Y los cuerpos que congregan en su atávico ademán la magia de las tormentas cuando el cielo avienta su simiente sobre las hijas de la tierra?

Así la poesía, dispersa entre tantos pasos sin huella, amasa su pan de luz bajo altas techumbres de paciencia. Creciente mudez que avanza como el deseo.

* * *

En sus rutas y merodeos, la poesía asume un erotismo que es disolución extrema del Yo en un espacio milagroso que es lo real pero que a la vez es el poema pero que a la vez es la palabra y la reflexión sobre ella misma. Un habla poética que comporta cierta mudez, una sensualidad que acaricia el ascetismo del lenguaje y del pensamiento, que desnuda esas oposiciones permanentes que constituyen la trágica consciencia del hombre moderno. ¿La de saberse escindido de sus vínculos más elementales?

